

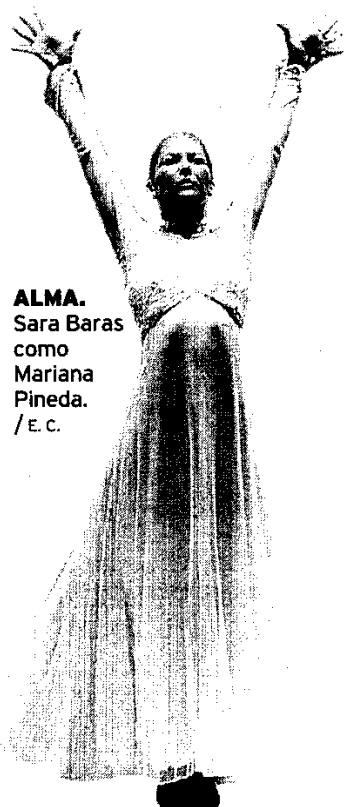


**CONTENTA.** La joven triunfadora con su gesto favorito, la sonrisa. / E. C.

**SARA BARAS** BAILAORA

## «Me fijo en las mujeres que le plantan cara a la vida»

La gaditana presenta hoy en el Auditorio de Oviedo su espectáculo 'Mariana Pineda'



**ALMA.**  
Sara Baras  
como  
Mariana  
Pineda.  
/ E. C.

I. ESTEBAN

Risueña, de ojos grandes de color avellana, centrada cuando está fuera del escenario y un torbellino de pasión y técnica cuando está en él. Así es Sara Baras, la bailaora de Cádiz que empezó a aprender con su madre, siguió con los gitanos de Manuel Morao y luego creó su propia compañía, cuando aún no había cumplido los 30 años. Con ella ha montado espectáculos como el 'Mariana Pineda' que hoy presenta en Oviedo (Auditorio Príncipe Felipe, 20 horas) para abrir el Festival de Danza de Oviedo, y con ella ha conseguido rango internacional.

—Sus dos últimos personajes, Juana la Loca y Mariana Pineda, son mujeres que lucharon por su libertad.

—Me fascinó su fuerza para salir adelante, la manera en que antepusieron sus ideales, sus sentimientos y su amor a todo lo demás. Si no se es fiel a uno mismo, la vida pierde muchísimo. Estamos aquí para ser felices y necesitamos luchar para conse-

guirlo. Por eso me fijo en mujeres que le plantan cara a la vida.

—¿Con esos personajes reivindica a las mujeres en el mundo del flamenco?

—Creo que sí, aunque eso lo he pensado después. La verdad es que yo no me he encontrado el machismo que el flamenco tenía hace tres o cuatro generaciones. Soy la jefa de mi compañía desde hace unos años, la mitad de mis músicos son gitanos y nunca he tenido problemas. Pero soy consciente de que muchas mujeres los tuvieron.

—Ha convivido con gitanos desde muy niña. ¿Qué ha aprendido?

—Empecé a trabajar en la compañía de los gitanos de Jerez. Era la única paya y me hicieron sentirme una más. Sé que la gente diferencia mucho, pero no sé muy bien por qué. Eso de la raza y del color es muy antiguo. El más grande del flamenco actual, Paco de Lucía, es payo y no pasa nada. He aprendido mucho con ellos, su manera de bailar, de sentir el arte.

—¿Le gusta la responsabilidad de llevar su propia compañía?

—Te sientes muy orgullosa cuando todo va bien. Sinceramente, no sé lo que pasa cuando todo va mal, porque no me ha ocurrido. Pero sí, la responsabilidad es muy dura. Somos treinta y tantas personas.

**«Si me lesiono miró a mi gente y digo: ¡Dios mío si son más de 30 familias! No puedo fallar»**

Si me lesiono o si me duele la barriga, miro a mi gente y digo: ¡Dios mío, si son treinta y tantas familias! No puedo fallar. Pero luego, me sale el orgullo, porque es mi equipo, que es de primera. Si te olvidas de lo que ellos aportan, empiezan los humos y la tontería.

—Dicen que interpreta un flamenco de masas. ¿Le gusta la etiqueta?

—Hay gente que lo dice como un reproche. Y yo pienso que es justo lo contrario. Si hay que buscar 'culpables' de la popularización del flamenco sería mejor buscarlos en Camarón, en Paco de Lucía y en Carmen Amaya.

—¿Qué piensa cuando actúa en Tokio ante 5.000 japoneses?

—Impresiona mucho. Pero una vez que empiezas a bailar, te entregas igual. El flamenco no necesita lengua ni pasaporte.

—Su cuidado en el vestuario, ¿es una forma de acercarse al público?

—Parece como si el verdadero flamenco no pudiera tener ni escenografía ni dirección artística ni nada. A mí me gusta cuidar todo lo que rodea al baile para que se vea más bonito.

—Se le ha visto desfilando para diseñadores de moda. ¿Qué lugar ocupa eso en su carrera?

—Al principio, me ayudaban a mantener mi compañía y sólo me involucraba por ese motivo. Luego me di cuenta de que aprendía mucho en los desfiles, en el cine, en el teatro, por su forma de trabajar. Me daba un poco de vergüenza cuando pasaba modelos al principio, porque yo soy un tapón y las chicas que estaban conmigo medían muchísimo.

—Uno de sus fuertes, a juicio de los que entienden, es el zapateado.

—Lo traigo desde niña, he tenido mucha facilidad para eso. En las clases, siempre me gustaba estar con los chicos, porque en la tradición, la mujer ha movido los brazos y la cadera, y los hombres, los pies. Pero ahí llegó esa gran maestra, Carmen Amaya, con un taconeo más rápido y más fuerte que nadie. Ahora ya no importa si el movimiento es de hombre o de mujer. Importa tu personalidad, cómo lo hagas.

—Aprendió a bailar en la academia de su madre ¿Le pide ahora consejo?

—Yo se lo pido. Y ella me dice: 'Sara, yo esto lo veo muy largo, o muy corto, o muy frío...'. Es una gran maestra.

—¿Le hace caso?

—Sí, porque confío en ella.